

## Amin Maalouf y el diálogo de civilizaciones

Francisco Bobadilla Rodríguez

*Universidad de Piura*

Los premios Nobel son mucho premio y opacan a cualquier otra distinción. Es lo que ocurrió con los premios de la Fundación Príncipe de Asturias que son, en lengua española, de una categoría similar a los que otorga la Academia Sueca. En el año 2010 correspondió al escritor franco-libanés Amin Maalouf, quien desde la ficción histórica y la reflexión teórica, ha indagado en la complejidad de la condición humana. En sus escritos tiende puentes entre las culturas, con la esperanza de lograr un común espacio humano, asentado en la universalidad de los valores y en la diversidad de las expresiones culturales.

Maalouf es un hombre de dos culturas, un árabe-libanés de ascendencia cristiana, residente en Francia en donde ejerce su oficio de escritor. Su narrativa expresa la diversidad histórica y religiosa de las culturas mediterráneas. Como ensayista, su pluma es ágil, más propia del periodista que del académico. Leí en los noventa su novela: *Las escalas de levante*.<sup>1</sup> Es el drama del Líbano contado desde la vida ordinaria del personaje. Ni épica, ni epopeya, es prosa sencilla que se vive al ritmo de los avatares de la Historia. El acento se pone en la vida singular de Ossyane (musulmán) y de Clara (judía), alrededor de cuya relación amorosa transitan los sentimientos humanos: gloria, desdicha, ternura, desaliento, ilusión, cada uno en su sitio, con un respeto poco común a la intimidad e identidad vital de cada personaje.

Pero las culturas a las que pertenece Maalouf no se superponen en él. Su idea no es enfrentarlas ni dejarlas aisladas en su identidad, algunas veces asesinas. Busca una síntesis por encima de las legítimas diferencias, como se puede apreciar por boca de Ossyane, quien después de 20 años se encuentra con su hija Nadia y dice de ella: "¡Sí, exactamente, musulmana y judía! Yo, su padre, soy musulmán, al menos en los papeles; su madre es judía, al menos en teoría. Entre nosotros, la religión se transmite por medio del padre; entre los judíos, por medio de la madre. Nadia era, pues, musulmana

---

<sup>1</sup> Madrid, Alianza Editorial, 1996.

a los ojos de los musulmanes y judía a los de los judíos; a los suyos, podía escoger una u otra opción, o ninguna de las dos; había elegido las dos a la vez... Sí, las dos a la vez, y muchas cosas más. Estaba orgullosa de todos aquellos linajes que habían desembocado en ella, por caminos de conquista o de huida, procedentes de Asia Central, de Anatolia, de Ucrania, de Arabia, de Besarabia, de Armenia, de Babiera... ¡No tenía ningún deseo de seleccionar gotas de su sangre, parcelas de su alma!"

Este discurso, conciliador y universalista a la vez, lo mantiene en su último libro: *El desajuste del mundo. Cuando nuestras civilizaciones se agotan*.<sup>2</sup> Y así lo repite en su discurso de recepción del premio al señalar que la forma de salir del hoyo, de esta época descarriada, es a través de una cultura que afirme la universalidad de los valores.

No hay unos derechos humanos para Europa y otros derechos humanos para África, para Asia o para el mundo musulmán. Ningún pueblo de la Tierra existe para que lo esclavice, para que lo tiranice, para la arbitrariedad, para la ignorancia, para el oscurantismo, ni para la opresión de las mujeres. Cada vez que alguien deja de lado esta verdad básica está traicionando a la humanidad y se está traicionando a sí mismo.

Maalouf se coloca en la tradición occidental liberal, aquella que ha sabido mirar y pensar las diferencias, pero sin desencajarlas del tronco común de la condición humana. Es la postura de Isaiah Berlin (1909-1997) para quien

hablar de nuestros valores como objetivos y universales no equivale a decir que exista algún código objetivo, que se nos haya impuesto desde fuera, que no podamos quebrantar porque no lo hicimos nosotros; equivale a decir que no podemos evitar aceptar esos principios básicos porque somos humanos, lo mismo que no podemos evitar (si somos normales) buscar calor en vez de frío, la verdad en vez de la falsedad, que otros nos reconozcan por lo que somos en vez de ignorarnos o confundirnos. [...] Sin embargo, tras las aberraciones violentas de la experiencia europea reciente, hay síntomas de recuperación: es decir, una vuelta a la salud normal, los hábitos, tradiciones, sobre todos las nociones comunes de bien y mal, que nos reintegran con nuestro pasado griego y hebreo y cristiano y humanista, transformado por la rebelión romántica, pero básicamente como reacción a ella. Nuestros valores tienden a ser hoy, cada vez más, las viejas normas universales que diferenciaban a los hombres civilizados, aunque fuesen torpes, de los bárbaros, aunque fuesen inteligentes.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Madrid, Alianza Editorial, 2009.

<sup>3</sup> Isaiah BERLIN, *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona, Península, 1998, pp. 193-194.

Es un pluralismo que no decae en relativismo, ni mucho menos en subjetivismo. En esta misma dirección se mueve Claudio Magris.<sup>4</sup> No es un pensador políticamente correcto y es de agradecer que así sea en estos tiempos en los que se cede tan fácilmente a las presiones de grupos, a los intereses menudos, a las encuestas y a las modas. Al igual que la heroína Antígona, quien obedeciendo a las leyes no escritas de los dioses dio sepultura a su hermano pese al mandato del rey Creonte que prohibía hacerlo bajo pena de muerte, Magris considera que “la ley positiva, por sí misma, no es legítima –ni siquiera cuando nace de un ordenamiento democrático o del sentimiento y la voluntad de una mayoría– si atropella la moral; por ejemplo, una ley racial que sancione la persecución o el exterminio de una categoría de personas no sería justa ni siquiera si fuera votada democráticamente por una mayoría en un parlamento legalmente elegido, cosa que podría suceder o ya ha sucedido”. El holocausto judío es una terrible muestra de esta fragilidad institucional.

Ahora bien, ¿cómo saber si esas leyes no escritas son de los dioses, es decir son principios universales, y no meros prejuicios particulares? Magris entiende que no todo da igual y aún cuando toda elección sea difícilísima, una sociedad sensata no debe renunciar al uso de la razón y al buen juicio, distinguiendo entre valores negociables y valores no negociables. En este sentido, dice:

estamos justamente convencidos de que el amor cristiano al prójimo, los postulados de la ética kantiana que exhorta a considerar siempre a todo individuo un fin y jamás un medio, los valores ilustrados y democráticos de la libertad y tolerancia, los ideales de justicia social, la igualdad de derechos de todos los hombres en todos los lugares de la tierra, son fundamentos universales que ningún Creonte, ningún Estado puede violar.

Pero la arbitrariedad y el desatino no sólo anidan en el Estado. También, la misma sociedad ha perdido consistencia dando lugar a lo que Magris ha llamado, no sin preocupación, la cultura de lo facultativo, es decir, la cultura del me gusta o no me gusta sin más. Esa cultura que ha colocado a las religiones, las filosofías, los sistemas de valores o las concepciones políticas en los escaparates de los supermercados, de tal manera que cada cual toma su canasta y escoge los artículos que desea: “dos paquetes de cristianismo, tres de budismo zen, doscientos gramos de ultraliberalismo, un terrón de socialismo, y los mezcla a su gusto en un cóctel privado de su invención”.

Con Maalouf estamos al otro lado, incluso, más allá del multiculturalismo, tan pródigo en resaltar las diferencias y engendrar

---

<sup>4</sup> Claudio MAGRIS, *La historia no ha terminado. Ética, política y laicidad*. Barcelona, Anagrama, 2008.

soledades culturales, caldo de cultivo de los severos conflictos sociales que azotan a Europa. Maalouf va por otro camino. Su punto de vista es salir del problema tirando para arriba, dejando de lado “un concepto tribal de civilización, liberándolas de sus corazas étnicas, y a éstas de ese veneno de la identidad que las adultera, las corrompe y las aparta de su vocación espiritual y ética”. ¿Una utopía más? Algo de utópico hay, pero hay que agradecerse. Ya tiene el mundo suficientes agoreros de desdichas y un poco de optimismo intelectual nos viene bien.